

NATALIA GONZÁLEZ HERAS

HABITAR EN EL MADRID DEL SIGLO XVIII

Formas de residencia y cultura material
entre los servidores de la monarquía



EDICIONES TREA

Índice

Siglas y abreviaturas	13
Prólogo	15
Introducción	25
Enfoques historiográficos	29
Miradas sobre la vivienda	30

PRIMERA PARTE.

LOS SERVIDORES DE LA MONARQUÍA EN EL CONTEXTO URBANO MADRILEÑO

Capítulo 1. Las tipologías habitacionales	41
1. Casa y cuartos	42
2. Las casas principales	46
3. El palacio y los palacios	51
3.1. El palacio exento: Buenavista	53
3.2. El palacio integrado	55
4. Una nueva tipología residencial	57
Capítulo 2. Los regímenes de ocupación	59
1. Propietarios inmobiliarios y servidores de la monarquía	61
2. El papel de los servidores de la monarquía en el mercado inmobiliario de la desamortización (1798)	68
3. La regalía de aposento y el alquiler	73

Capítulo 3. Zonas de residencia en el Madrid de final de siglo	81
1. La organización urbana de Madrid y la distribución de la población	81
2. Las residencias de los empleados al servicio de la monarquía en el plano de la capital	86

SEGUNDA PARTE.

INTERIORES, CULTURA MATERIAL Y PRÁCTICAS DE VIDA

Capítulo 4. Viviendas entre la teoría y la práctica	109
1. La teoría arquitectónica	110
2. La regulación de la práctica madrileña: tratados sobre ordenanzas	124
3. El impacto de la corte sobre la realidad de la villa	135
3.1. Del ornato de la corte	137
3.2. Para el aumento de la población	141
Capítulo 5. La ordenación real de los interiores	147
1. Recibimiento y zonas de paso	152
2. Salas y alcobas	156
3. Dormitorios	158
4. Comedor	159
5. Cocina y despensa	161
6. Piezas para el servicio	162
7. Piezas para hijos	165
8. La galería	166
9. Espacios diferenciados: librería, despachos y gabinetes	167
10. Oratorios	174
11. Infraestructuras	179
Capítulo 6. Los contenidos de la vivienda y sus usos	185
1. El significado de los objetos y el sentido de su análisis	185
2. Fórmulas de acceso: transmisiones patrimoniales, comprar y alquilar	188
3. La función de recibir	196
4. Cubrir las necesidades fundamentales	226
4.1. Alimentarse	227
4.2. Dormir y descansar	233
4.3. La higiene y el arreglo personal	239

5. Utilidades y tareas domésticas.....	245
5.1. Cocinar y almacenar	246
5.2. La limpieza y el cuidado de utensilios y textiles: fregar, lavar, planchar, ordenar	252
5.3. Iluminar y calentar	260
6. Prácticas culturales y devocionales.....	264
6.1. Las bibliotecas: libros, colecciones y muebles	264
6.2. La devoción	274
Conclusiones	285
Apéndice I. Planos	293
Apéndice II. Cuadro de datos relativos a los planos	311
Apéndice III. Cuadro de datos relativos a los individuos presentes en la documentación notarial	315
Fuentes manuscritas e impresas	335
Bibliografía	339
Índice de gráficos	365
Índice de tablas y mapas	367
Índice de imágenes	369
Índice onomástico	371

Prólogo

MARÍA VICTORIA LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO

GLORIA FRANCO RUBIO

Si hay algo que nos acerca al pasado es recuperarlo, visual o sonoramente, mientras paseamos por el centro de algunos núcleos urbanos, grandes o pequeños, que todavía conservan el trazado irregular, el color manchado de las fachadas y, a veces, el olor de un tiempo que se fue, pero que impregnó sus calles, donde el calor de un horno o la puerta entreabierta para ventilar una casa nos remite a ese mundo perdido que, hace ya algunos años, evocaban algunos historiadores. Y es que mirar fuera del estrecho marco de lo inmediato nos obliga a plantearnos muchas cosas, a desconfiar de las síntesis excesivamente bien construidas y a abrir un abanico de cuestiones que tienen que ver con las formas de vida propias de cada época.

Pero no hay que recurrir a la imaginación, ni tampoco a la nostalgia, para representarnos la vida de nuestros antepasados, porque sus huellas siguen estando presentes en los muchos testimonios que se han conservado, unos de manera evidente, una casa, un mobiliario, un retrato, una correspondencia; otros, cuidadosamente depositados en los archivos. No hay más verdad sobre un hermoso palacio en un contrato de arrendamiento que en la memoria recreada de un personaje, en un objeto reliquia que en un tocador o en un libro, todos acompañaron la vida de un determinado sujeto en un momento concreto. Como también lo hicieron los vínculos que conformaran las relaciones de unos con otros, los recuerdos y las emociones, las creencias y los prejuicios. Y de manera especial, el paisaje, rural o urbano, donde todo esto se fue enraizando fue proporcionando a los objetos una identidad añadida, porque incluso el más sencillo representaba al individuo ante los demás. Las moradas, cuanto más humildes más vacías, de nuestros antepasados, los enseres domésticos, recibidos y legados, la ropa, de difícil reposición, son símbolos fidedignos de una sociedad mayoritariamente pobre y proporcionan una identidad añadida a quienes, rompiendo este círculo, ascendieron socialmente y supieron aprovechar las oportunidades que les brindaba la economía urbana, ya

fuera para contribuir como mano de obra en el abastecimiento, por el aumento de la demanda de productos no básicos o por la creciente necesidad de servicios, profesionales o administrativos. Todo ello sometido a constantes altibajos, que no siempre podían o sabían sortear. Las ciudades fueron seres vivos que se alimentaban de sus moradores estables y de quienes, de forma más esporádica, acudían a probar suerte. Las más dinámicas eran generosas y ofrecían un amplio abanico de empleos; las menos encauzaban la demanda de trabajo hacia el servicio doméstico o los intercambios menos reglados. Algunas capitales europeas, debido a sus características, conocieron un importante crecimiento, comercial o industrial que sus élites supieron aprovechar; otras, al convertirse en sedes de la autoridad política, aglutinaron una importante proporción de oficiales y burócratas de todo tipo. Este fue el caso de Madrid, cuya estructura poblacional poco tenía que ver con el resto de las ciudades españolas, en cuanto a la pirámide de edad y la definición social de sus sectores más cualificados. Una ciudad que creció a la sombra de la Corona, dual y desigual, pero también dinámica y abierta; que permaneció durante los siglos modernos en su estatus de villa, manteniendo su representación en las Cortes castellanas y monopolizando para sí la sede de la convocatoria.

La nueva consideración que Madrid obtuvo en 1561 supuso un giro en su destino, iniciando entonces un proceso de cambio que, sin embargo, fue pausado, como si le costara trabajo arrinconar buena parte de los rasgos medievales que la habían conformado. Ciertamente, desde el momento en que fue elegida, la monarquía procuró mejorar su imagen, interviniendo en el Alcázar y en algunos edificios públicos, abriendo caminos y vías, reforzando las defensas..., pero el paisaje urbano madrileño siguió formado por un conglomerado de calles estrechas, jalonadas de viejos edificios que ocupaban solares irregulares. Quizás más notorios que en su estructura fueron los efectos que su designación como capital tuvo sobre la vida pública madrileña, ya que su ayuntamiento derrochó más dinero en organizar sus festejos tradicionales que a colaborar con el ceremonial cortesano. El rey, por su parte, también gastó más en las residencias reales cercanas que en la propia capital, mientras la nobleza se mostró reticente a instalarse allí. En realidad, el nacer de un acto de voluntarismo, circunstancia que no se dio en ninguna otra capital europea, hizo que careciera de una tradición histórica que justificara la elección, y tampoco tenía una económica suficientemente fuerte como para impulsar su crecimiento. Es más, el propio Felipe II pareció desentenderse de ella, lo que explica que, con el cambio del siglo, se planteara la conveniencia o no de tener una corte estable y que Felipe III la trasladara a Valladolid. Afianzada definitivamente tras su retorno, a mediados de la centuria, el cronista Alonso Núñez de Castro prefería referirse a Madrid no como capital de la monarquía, sino como corte, es decir, como una rea-

lidad social y espacial que comprendía, a la vez, la administración de la monarquía, los grupos sociales a su servicio, nobleza palatina y burocracia, y un conjunto de habitantes que habían asumido esta doble realidad.

Pero se mirará su nueva situación con mayor o menor desconfianza; no cabe duda de que su nuevo estatus afectó inmediatamente a la administración civil de Madrid, que se vio desbordada por los problemas de abastecimiento, la carestía de la vida y, en especial, los problemas de vivienda. A lo largo del siglo XVII la ciudad fue creciendo de modo un tanto anárquico, inicialmente, más controladamente después, venciendo las resistencias de quienes seguían esperando incentivos suficientes para arriesgarse a un traslado definitivo o a levantar una casa. Y es que tanto buena parte de la nobleza como los forasteros, afincados o temporales, seguían prefiriendo alquilar que comprar o construir una casa. Poco a poco, las reformas promovidas por la Corona y el municipio empezaron a tener efecto y una burguesía acomodada dejó sentir su presencia, al tiempo que su perímetro se abría para integrar los arrabales en la primera división en cuarteles, y mejorar los accesos al Alcázar. Pero fue, sobre todo, la construcción de la Plaza Mayor, sin duda, una operación de envergadura, la que proporcionó un perfil propio a la capital, en su doble función de lugar de mercado y espectáculo.

En todo caso, en el Madrid del siglo XVII, la construcción eclesiástica era predominante, con casi un centenar de iglesias levantadas a lo largo de la centuria, y continuó siéndolo durante buena parte del siglo XVIII. Pocos eran los viajeros que dejaban de señalar el peculiar perfil de los chapiteles que se recortaban en el cielo madrileño y el alto número de iglesias, conventos y fundaciones que jalonaban sus calles, dejando en mal lugar las construcciones civiles que, pese a contar con algunos edificios notables, no se ajustaban demasiado a los criterios en boga. Una ciudad celosa de las riquezas que guardaban los interiores de algunas casas que, sin embargo, como había señalado Silhouette en 1730, estaban mal amuebladas y, sobre todo «sin gusto», y despreocupada por la belleza de sus fachadas. Que gozaba de peculiaridades constructivas que le eran propias, las llamadas casas a la malicia, cuyo tejido urbano, a vista de pájaro, era un rompecabezas de solares pequeños e irregulares. Eso explicaba que las casas fueran altas, que contara con varias plazas y que la apariencia fuera, según Norberto Caimo, la de una «ciudad rica, floreciente, bien poblada», si no fuera por otra realidad igualmente palpable, que «no hay por todo sino suciedad, objetos asquerosos y fetidez»... Desde luego, algo de verdad debía de haber en ello porque el comentario se repite. Pero unos años más tarde, un observador cuidadoso como Juan Francisco Peyron lo consideraba ya cosa del pasado, «gracias a las órdenes y el buen gusto del señor conde de Aranda». Opinión ratificada por un buen conocedor del país, al filo del cambio del siglo, el barón